

animalización, ejemplarizada desde un bello episodio de la obra de Gabriel García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada*, en la cual se ‘humaniza’ a un animal antes de su sacrificio y se crea la analogía en reciprocidad a las masacres en las cuales los asesinos animalizan a los seres humanos con el fin de borrar su cara, suspendiendo el tabú que prohíbe aniquilar a sus semejantes, pues “quien ejecuta la masacre sólo tiene ante sí a un extraño que no pertenece a su mundo, un extraño que es el arquetipo de lo indecible”.

CARLOS ANDRÉS  
ALMEYDA GÓMEZ

## Conocedores del verso de diez palabras

### Cantar mi pena / La mejor vida que tuve

Heriberto Fiorillo

Ediciones La Cueva, 2.<sup>a</sup> ed., Bogotá,  
2009, 198 págs.

En tres versos bellos e inolvidables el poeta español Antonio Machado parece haber condensado la esencia de la poesía al afirmar: “Canto y cuento es la poesía / Se canta una viva historia, / contando su melodía”. El aserto de esta sabia sentencia lo confirma la segunda edición del libro doble de Heriberto Fiorillo, *La mejor vida que tuve y Cantar mi pena*, la cual nos presenta las semblanzas, construidas desde su ámbito natural de la Guajira y el Cesar, de dos de los compositores más grandes del estilo vallenato, Emiliano Zuleta Baquero, el viejo Mile, el campeón de la piquería y la improvisación veloz y certera, el hombre que hizo cantos con su vida, y Leandro Díaz, el pregonero, el pensador, el compositor que sólo canta después que logra pensar, el hombre que convirtió su vida en una canción.

Cediendo la voz a los juglares, que hablan en primera persona, conservando su lengua y su tono, el dejo de La Provincia, Fiorillo teje dos testimonios de vida que nos ilustran acerca de las vicisitudes del músico o artista en el Caribe colombiano, donde, si bien se cumple a plenitud la frase de Nietzsche según la cual “la vida de los grandes hombres es un continuo maltrato de animales”, también es cierto que la actividad artística permite a los hombres sobrevivir con dignidad y ganarse el respeto de sus contemporáneos, tanto en su tierra como fuera de ella. Así ha ocurrido con el caribe mayor de todos los tiempos, Gabriel García Márquez en su periplo de Aracataca al Nobel, y también con Emiliano Zuleta Baquero y Leandro Díaz.



Ilustrado con las excelentes fotografías de Julio Gil, el libro traza el perfil de los artistas, atento, sobre todo, a su mundo interior, al corazón y la mente, más que a los contextos que enmarcan su vida. Aunque se sintetizan las vidas de los dos compositores, casi no hay fechas, lo que muestra que las intenciones no son de tipo histórico, al menos de la manera tradicional, sino que se intenta, ante todo, ahondar en el proceso de crecimiento espiritual, es decir, en la historia del alma de los compositores, su infancia, las relaciones con los padres, sus amores, los matrimonios, sus inicios, la hechura de sus cantos, sus ideas sobre la música, Dios, la muerte, las muje-

res y la política, en la época heroica de la música de acordeón cuando no existían ni espejos ni radios ni grabadoras ni luz eléctrica ni platos ni cucharas ni teléfono ni fósforos y los muertos salían a espantar a los vivos y los brujos les ponían pesadas las manos a los músicos para que no tocaran bien y las mujeres iban era detrás de los choferes y el vallenato ni siquiera tenía nombre y el compositor era excluido de los altos círculos sociales y confinado al canto crudo en la cola del patio.

Aunque no se nos aclara nunca cuál fue el criterio de la selección, porqué estos cantautores y no otros —al parecer se trató de una solicitud directa del Ministerio de Cultura—, para el aficionado a la música de acordeón constituye una fortuna que hayan sido esos dos, en la medida en que representan las máximas realizaciones de dos tendencias entre las cuales oscilan los cantos vallenatos: la narración y la reflexión lírica, la nota extensa que nadie corrige y el verso bien chiquitico y bajitico de melodía. Si bien en Rafael Escalona, Calixto Ochoa y Adolfo Pacheco se alternan o se mezclan estas dos opciones, pocos compositores narran con la pureza con que lo hace Emiliano Zuleta Baquero, cuyas composiciones son auténticos cuentos cantados, y muy pocos meditan con la hondura filosófica de Leandro Díaz.

Y así como sus cantos, sus vidas ejemplares contrastan y se complementan, a su vez: pocos compositores han tenido una existencia tan activa como la de Emiliano, rica en vivencias picarescas (se cambió el nombre de pila, se curaba con chirrinche las ansias de comer tierra, se sacó cinco muchachas una misma noche, se bebió por decepción un frasquito de *Exterminio*), y ninguno ha llevado una vida tan contemplativa como la de Leandro, ni remotamente se acerca a la riqueza de su aventura interior por los meandros de la memoria, el dolor, la pena, los presentimientos, las corazonadas y la soledad del silencio: mientras Emiliano deambulaba con su acordeón por la Jagua del Pedre-

gal, Manaure y Guacoche, como un juglar que cantaba, tocaba, brincaba y echaba cuentos, Leandro se desplazaba solitario con su violina por Codazzi, Urumita, Hatonuevo y San Diego. Lo anterior no excluye, por supuesto, que en algunos momentos la necesidad haya obligado a Leandro a asumir conductas pícaras, como cuando simuló ser adivino del destino de las adolescentes de su tierra, para agarrarles la mano y sentir de cerca su voz, su aroma y los temblores del corazón: asimismo, el viejo Mile, por momentos, abandonó la intensidad de la parranda, el humor desbordado y la conquista amorosa, para divertirse mirando el cerro Pintado que le hacía frente a su roza.



No obstante, pese a las diferencias, hay también muchas cosas en común entre los dos autores: el amor al campo, a la tierra, a los elementos de la naturaleza y la desconfianza por la ciudad y el veneno del dinero; la áspera infancia sin juegos, de hambre, trabajo y pobreza: el uno reventándose contra las piedras, rodando hacia el abismo, al tratar de ser productivo; el otro comiendo barro duro y agotándose en actividades agrícolas diversas, en desvelos de angustia para conseguirse un acordeón; en los dos se destacan tan-

to las limitaciones físicas —en Emiliano, el cuerpo que no resiste vivir en tierra caliente, propenso a las alergias al entrar en un maizal o en un cañalito, y en Leandro, la ceguera congénita—, como la capacidad para resistir a la calamidad: el uno como la naranja que, viviendo a sol y sereno, recibe los aguaceros prendida del mismo ramo y aunque se remeza el palo nunca rueda por el suelo; el otro, como un cardón guajiro que no lo marchita el sol y en tierra mala ningún tiempo lo derriba; herederos ambos del arte de Chico Bolaño, conocedores del verso de diez palabras, los dos sufrieron los maltratos psicológicos de los padres: el de Emiliano que lo abandonó de diez meses y el de Leandro que nunca le dio el apellido y siempre lo vio como un estorbo, como un retoño perdido; Emiliano debió vivir su niñez concertado en una casa de familia y Leandro, a la buena de Dios, errante entre sombras peligrosas; analfabetas los dos, supieron encontrar la resignación ante el cumplimiento de un destino definido por los dioses, en el caso de Leandro, que aunque nació un día de carnaval parecía excluido de la fiesta, pero a punta de tesón logró meterse en ella, como la sortija al dedo, y si al principio nadie lo consolaba, él terminó consolando a todos con la belleza de su canto; en el caso de Emiliano, aceptando que, a pesar de haber tantos limones en el suelo, él acertó a coger el que estaba biche, su vida fue la mejor que tuvo; prolíficos y rápidos con la mente los dos, alcanzaban, en sus buenos tiempos, a componer hasta cuatro canciones en un día. De esta manera, el cuentero y el filósofo, el humorista y el sentimental, el incrédulo y el creyente, terminan representando las dos caras de una misma moneda, inseparables y complementarias: el canto y el cuento, es decir, la poesía auténtica.

La brevedad de los capítulos, la sencillez del lenguaje, el encanto del léxico criollo (balalá, cataneja, chufleta, pencazos, chanchullos), el hechizo del ritmo conversado que recrea con precisión el habla canta-

da del país vallenato, el dominio del arte del relato, la dosificación estratégica de los datos que se le otorgan al lector, el recuerdo de los acordeoneros y compositores pioneros —Chico Bolaños, Luis Pitre, Nandito el cubano, Rafael Enrique Daza, Juan Muñoz, Carlos Araque, Chema Gómez, y Don Toba—, la revelación sobre el origen de numerosas canciones —*La gota fría* y *Matilde Lina*, *Simón el viejo* y *Cultivo de penas*, *El indio Manuel María* y *La gordita*, *El Monte de la Rosa* y *El negativo*, *Con la misma fuerza* y *La diosa coronada*, *La misma pendiente* y *El verano*, *Las cosas de Moralito* y *La loba ceniza*, *Mis hijos* y *Soy*, *Carmen Díaz* y *A mí no me consuela nadie*—, que de seguro incrementarán el goce de las mismas al ampliar la comprensión, constituyen la garantía de una lectura sabrosa, placentera, cuyo único lunar sería la transcripción en ocasiones incorrecta de algunos versos.

ARIEL CASTILLO MIER

## ¿Quién le canta a Raúl Mojica?

**Raúl Mojica Mesa:**  
la voz solitaria de un pájaro libre  
*Mariano Candela*  
y *Francisco Zumaqué*

Gobernación de la Guajira, Riohacha,  
2007, 142 págs.

Las gobernaciones de los departamentos, con el apoyo de sus fondos mixtos dotados con presupuestos nacionales y locales, realizan actividades culturales que, la mayoría de las veces, apenas alcanzan un impacto regional. Dichas actividades comprenden la edición de libros y discos a través de los cuales se busca rescatar y dar a conocer personajes, hechos históricos, escritores, poetas, ensayistas en áreas diversas del conocimiento. En el campo de la música, el catálogo incluye repertorio de